

Medios y política:

El protagonismo de los medios de comunicación en la configuración del escenario político es una manifestación que responde a la fractura de otras instituciones que se construyen en lo público. Esta realidad histórica, asumida desde un presente polarizado y de cruzada comunicacional, produjo una modificación en sus funciones. Hoy es la credibilidad y la democracia lo que ponen en juego, pues los medios son actores que además registran la actuación de los otros actores. Por ello se identifican las amenazas que encierran su control externo o su falta de transparencia interna.

■ **Andrés Cañizález**

Los años recientes en Venezuela, colocaron de forma más que evidente, diríamos que estridente, la presencia de los medios de comunicación como parte del conflicto político nacional. Han sido parte tan consustancial de dicha crisis que a la hora en que mediadores internacionales convocaron una mesa de negociación y diálogo, fueron llamados a ésta los representantes de las principales empresas privadas y estatales del mundo comunicacional. No será motivo de este texto analizar algunas características de lo vivido en años recientes que bien podrían ser motivo de otras reflexiones. Están aún por reflexionar a fondo, en la simbiosis conflicto-comunicación, temas tales como la proliferación de hechos de violencia contra periodistas y medios de comunicación, la generación de nuevas entidades de comunicación desde el Estado sin que se haya definido una política pública en el sector, o la preeminencia que

¿Nuevos o viejos actores?



Galería de Papel. Sin título. José Viveres.

tiene la imagen televisiva en la acción y gestión presidencial de nuestros días.

Partimos de una constatación más que evidente. La presencia de los medios en la escena política venezolana ha tenido un nivel protagónico, especialmente si miramos el período en el que se intensificó la acción opositora, a partir de diciembre de 2001, y hasta agosto de 2004, cuando el referéndum revocatorio presidencial pone punto final, a nuestro modo de ver, al asunto de la legitimidad de que Hugo Chávez ejerza la presidencia. Son puntos significativos de este período la parcialización mediática con las banderas de la oposición, y tenemos hechos que pasarán a la historia de forma lamentable como el silencio informativo de abril de 2002 y la saturación “informativa” de los días del paro.

Nuestra idea es reflejar que tal posicionamiento político (y que tiene su contracara en la también parcialización del canal del Estado), no es nuevo ni necesariamente exclusivo de Venezuela, asunto que desarrollaremos en la parte final del texto. Los medios están en la escena política de nuestros días, son un actor más, con responsabilidades específicas por su naturaleza, pero es impensable que en un contexto de polarización, en el cual también las entidades públicas se han alineado con una causa partidista, ofrezcan una mirada aséptica sobre lo que pasa en el país del cual son parte.

Hace un poco más de una década, en el completo trabajo que recoge la historia contemporánea de nuestros medios impresos, Eleazar Díaz Rangel (1994) constató que la prensa había sido colocada en el centro de la arena pública. Los dueños de medios que entrevistó Díaz Rangel, hace más de 10 años, eran ya conscientes de que estaban siendo empujados a otras dimensiones, esencialmente políticas, en su quehacer. Esto se veía alimentado con el debilitamiento institucional y la desazón ciudadana con los partidos tradicionales, que ya se habían hecho palpables con el Caracazo de 1989 y los golpes de Estado frustrados de 1992.

¿VIEJA O NUEVA POLARIZACIÓN?

No pocas veces, en los últimos tiempos, muchos venezolanos se han interrogado sobre el por qué de tanta polarización en el seno de nuestra sociedad. No tiene por finalidad este texto abundar en dicho tema, pero sí nos resulta paradigmático revisar otros momentos de conflictividad en el país y ver qué papel habían tenido los me-

“

Cada canal presentaba una imagen del país, en una pantalla el paro era un éxito rotundo y para eso nos mostraba calles del este capitalino, en la otra pantalla esta paralización era un fracaso estrepitoso y también apelaba a imágenes, éstas de actividades en el oeste caraqueño o algunas zonas fuera de Caracas

”

dios. De nuevo apelamos a Díaz Rangel (1998), que ha sido un acucioso observador del siglo XX venezolano:

“... Casi todos los periódicos estuvieron divididos entre gobierno y oposición. Apenas hubo espacio para el término medio. No podían, por esas razones, informar con equilibrio sobre lo que ocurría en el país; no podían ser un espejo de la realidad. En verdad, la imagen que reflejaban era una imagen empañada, distorsionada, bastante incompleta”.

No está hablando el autor de los medios en el año 2002, su mirada es al período que va desde 1936 a 1948, un momento crucial de la vida democrática nacional. En aquel contexto la polarización mediática era más que evidente, y le cito a Díaz Rangel: “Sólo a título de ejemplo, quiero recordar que en una ocasión investigaba sobre las primeras y últimas elecciones uninominales habidas en Venezuela, en 1937 y en 1944, respectivamente, y para conocer las listas de candidatos era obligante consultar en cada ocasión dos diarios distintos. *El País*, por ejemplo, no informó de las planchas ni de la campaña del PDV y ni *Unión Popular* (PCV) ni *El Nacional* decían nada de la campaña de AD. Algo parecido se repitió durante las elecciones de 1946 a la Asamblea Constituyente, y en las del 48

en que se elegían Presidente y diputados al Congreso” (1998: 110). No se busca aquí justificar acciones recientes porque en el pasado acontecieran experiencias similares, pero es necesario no perder de vista hechos que merecen una lectura y se conectan con los que vamos viviendo.

Durante los días del paro, hace poco más de tres años, tomamos al azar algunos días de programación de *Globovisión* y de *Venezolana de Televisión*. Cada canal presentaba una imagen del país, en una pantalla el paro era un éxito rotundo y para eso nos mostraba calles del este capitalino, en la otra pantalla esta paralización era un fracaso estrepitoso y también apelaba a imágenes, éstas de actividades en el oeste caraqueño o algunas zonas fuera de Caracas. La polarización se instaló de forma evidente también en el mundo *massmediático* venezolano. Polarización no exclusiva de los días que corren, sino expresión misma del modelo político con raíces históricas.

AGENDA MEDIÁTICA, AGENDA POLÍTICA

Diversidad de autores coinciden en reconocer el rol político que juegan los medios de comunicación, y especialmente en contextos como de los países latinoamericanos que parecen ser de una recurrente crisis política. La debilidad que tienen los partidos, sindicatos y otras instancias del tejido social abre la puerta para que éstos actores entiendan que su posibilidad de intervención en la vida pública está íntimamente atada a su relación con el universo mediático. Ciertos asuntos de interés público pueden ser catalizadores para la constitución de alianzas tácticas entre políticos y activistas sociales, por un lado, y medios de comunicación y periodistas por el otro. Esto ocurre cotidianamente en diversos contextos, sin que sea motivo de escándalo, pues justamente en esta dimensión se entiende el rol político de los medios: determinar quién puede hablar sobre cuál tema.

Esta tendencia se ve acrecentada en la medida en que la dirigencia política tiene menos de mitin en la plaza, o en la calle, y mucho más de aparición en espacios mediáticos. La pantalla de televisión, especialmente, pasa a ser la nueva plaza pública desde donde se define la agenda política del país. En el caso venezolano, por ejemplo, son aproximadamente unas ochenta personas las que con mayor frecuencia se rotan como entrevistados entre los diferentes espacios matutinos de opinión de los canales de televisión. Estos llamados líderes de opinión, por su nú-

mero en sí reducido, no pueden representar la diversidad y pluralidad de puntos de vista que existen en el país.

Sin embargo, un asunto es la representatividad, tema de necesario debate en la configuración de la agenda mediática, y otro tema que va aparejado a lo anterior tiene que ver con la consolidación de un nuevo modelo en el que se entrecruzan poder de los medios, actuación dependiente de los políticos hacia el universo *massmediático*, y demandas ciudadanas que encuentran en el universo simbólico un resarcimiento momentáneo.

Para Marcelino Bisbal, estamos ante un cambio sustancial no sólo en nuestra relación con lo político, mediado por la pantalla, sino en nuestra propia manera de convivir socialmente: “Esa intromisión de la cultura *massmediática* en la política y en las distintas esferas de la vida pública y privada, más bien nos está hablando de otra cosa: no es la disolución de la política y la democracia, ni siquiera de la vida como se pudiera pensar entonces, sino más bien de una reconversión de la política y en definitiva de las esferas de lo público. En estos tiempos los medios se convierten en el espacio público privilegiado por la gente; los medios están alterando la vida y hasta las propias formas que hoy día adquiere la socialidad.” (2005: 50)

La relación entre medios y política es de larga data, sin embargo en las últimas dos décadas es que se ha vivido un cambio sustantivo. “El *paradigma político* latinoamericano era tan poderoso que condicionaba a los medios de comunicación imponiéndole sus ritmos y muchas de sus reglas de juego, en una *centralidad política de la comunicación*. Sin embargo, a finales de los años ochenta y durante los noventa, se observa que la relación se ha invertido y son los medios de comunicación quienes imponen sus ritmos y sus reglas de juego a la actividad política. El exponencial crecimiento del poder de los medios en nuestros países ha convertido al paradigma mediático en el paradigma dominante. La actual es la América Latina de la *centralidad comunicacional de la política*”. (Corredor, 2005: 59)

POLÍTICA, DEMOCRACIA Y MEDIOS

Tradicionalmente se habla de los medios en términos de cuarto poder. Ha sido esa aseveración motivo de innumerables debates sobre el poder real de los medios. El completo informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *La de-*

“

La Iglesia y los sindicatos han venido perdiendo influencia en las últimas décadas, y en un sentido inverso, los empresarios privados, el sector financiero y los medios de comunicación, han pasado a copar espacios de decisión y atribuciones en las determinaciones que emanan de los poderes tradicionales

”

mocracia en América Latina, colocó el asunto nuevamente en la palestra. Tras entrevistar a 231 de los llamados líderes de opinión y hacer encuestas a más de 18.000 ciudadanos de pie en 18 países de la región, una de las conclusiones del estudio ha sido colocar a los medios, junto a empresarios privados, multilaterales como el FMI, sindicatos e Iglesia, en la categoría de poderes fácticos. Vale decir que existe una percepción —en estos tiempos— de que la Iglesia y los sindicatos han venido perdiendo influencia en las últimas décadas, y en un sentido inverso, los empresarios privados, el sector financiero y los medios de comunicación, han pasado a copar espacios de decisión y atribuciones en las determinaciones que emanan de los poderes tradicionales.

La primera lectura arroja ya una conclusión novedosa, el informe crea la categoría de poderes fácticos, reales, para referirse a estos actores. Una mirada al asunto debe partir también de analizar la otra acera, es decir, la de la constitución de los medios en un poder decisivo en las sociedades latinoamericanas, pues no se produjo, exclusivamente, por factores propios de los medios. Las aproximaciones recientes al fenómeno de la mediatización, tales como las producidas por Jesús Martín Barbero, van en la dirección de que el papel mediático sin duda es impor-

tante, pero no único en la conformación de opiniones y valores. Sin embargo, tal poder se acrecienta, en tierras latinoamericanas, pues se evidencia por un lado un descrédito importante de los otros poderes, a la par de una fragilidad institucional, y así los medios pasan a copar espacios en respuesta también a demandas ciudadanas insatisfechas. Todo lo anterior se combina con la elaboración de una agenda propia, por parte de los medios, para intervenir en una situación que parece ser, recurrentemente, de crisis política.

Como indicamos al inicio, los años 90, en el contexto venezolano, reflejan claramente la consolidación de estos elementos. Los estudios de opinión de aquellos años revelan la desconfianza que inspiraban partidos políticos y poderes públicos, a la par que se consolidaba una imagen de credibilidad a favor de los medios. De acuerdo con los testimonios que recogiera Eleazar Díaz Rangel en la década pasada, entre algunos propietarios de medios impresos existía entonces la percepción de que estaban siendo colocados en un rol que no les era propio, por esa ruptura político-institucional que vivía el país, pero al mismo tiempo se entendían como canal confiable para las demandas ciudadanas insatisfechas. Del mismo modo, dirigentes políticos han confirmado que la reforma constitucional de 1992 se paralizó por las presiones de los medios, pues el proyecto incluía el derecho a rectificación y réplica, con lo cual se reflejaba la conformación de una agenda común por parte del sector mediático para incidir de forma directa en las decisiones de un poder público, en este caso en el legislativo, y actuando claramente en contra de un mecanismo que favorecía a la ciudadanía.

Entre los consultados en el informe del PNUD se destaca la cuestión de la definición de la agenda política, en la conformación del debate público. En este aspecto es indudable que los medios juegan rol protagónico.

Durante el paro llevado a cabo por la oposición venezolana entre diciembre de 2002 y enero de 2003, en Venezuela, quedaron en evidencia algunos aspectos centrales de esta percepción que lleva a colocar a los medios en esa categoría de poderes fácticos. En conversaciones que hemos sostenido con tres dirigentes opositores —uno de ellos formó parte del comando táctico que estuvo al frente del paro—, estos confirmaron que esta acción se iba a levantar después de 48 horas y exclusivamente se usaría como presión momentánea para luego continuar con las negociaciones que

estaban en marcha con el gobierno, bajo la mediación de la Organización de Estados Americanos y el Centro Carter. El punto de vista de los empresarios mediáticos echó al traste con la primera estrategia y lanzó a la oposición en la senda del paro “por tiempo indefinido”, con los costos políticos y económicos que todos conocemos hoy. Otros dos líderes de partidos políticos, cuyas opiniones no eran de apoyo unánime a esta acción, fueron silenciados por los medios.

Pero, sin duda alguna, el elemento más llamativo lo constituyó en ese mismo contexto el siguiente hecho: en no pocas ocasiones la Coordinadora Democrática –que aglutinó a partidos políticos y organizaciones de la sociedad civil opositores– conoció el contenido de mensajes publicitarios una vez que estos estaban al aire, sin que participaran en su concepción. El poder mediático pasó a ser –literalmente– el espacio desde donde se constituía la estrategia política, y eso representa un cambio sustancial en las de por sí complejas relaciones entre poder político y medios de comunicación.

UN CONTROL SIN CONTROL

La vigilancia que han cumplido los medios en relación con otros poderes, por ejemplo con las denuncias de corrupción en el mundo político o judicial, es bien recibida por los ciudadanos. Los poderes tradicionales constituyen cotos cerrados en los cuales malentendidas solidaridades automáticas, en muchos casos, han venido limitando la posibilidad del público de conocer cómo se utilizan los recursos del Estado y los malos manejos que de éstos se hacen. De forma tradicional se le ha otorgado al sector mediático un rol fiscalizador sobre los poderes tradicionales, sin embargo en la medida que se ha hecho más patente esa condición de poder fáctico, surgen interrogantes sobre la condición de “un control sin control” que parecen tener los medios en nuestras sociedades, tal como lo refleja el informe *La democracia en América Latina*.

Repensando la democracia latinoamericana, a partir de algunas de las acertadas conclusiones de este documento, un asunto crucial tiene que ver justamente con imaginar de qué forma los ciudadanos pueden participar para revertir tal situación. En México, Perú y Brasil, aun de forma incipiente, van teniendo lugar experiencias de vigilancia o veeduría social de los medios, entendiendo que en un sistema democrático existen diversas mane-

“

Los medios operan como límite para los otros poderes, especialmente el gubernamental. Ese rol de contrapoder termina siendo un aspecto resaltado como positivo en la mirada que hizo el PNUD sobre las empresas mediáticas en el contexto de la crisis de que atraviesa la democracia en la región

”

ras de hacerlo sin que ello signifique una intervención estatal.

En el contexto venezolano se cumplió un año de la aprobación de la Ley de Responsabilidad Social de la Radio y la Televisión. Tal instrumento fue concebido, al menos así se desprende de las declaraciones oficiales que le precedieron, como un mecanismo para castigar a unos medios privados que se han desviado por asumir abiertamente una parcialidad política. Esto desvirtúa por completo el objetivo de un instrumento legislativo, que en una búsqueda democrática debería abrir la posibilidad de conformar experiencias genuinas de veeduría y observación ciudadana, para que este poder mediático tenga algún punto de control. Dado que la cabeza del Estado es, a fin de cuentas, un actor político, no resultarían convenientes mecanismos en los cuales el peso determinante esté en manos del ejecutivo, ya que de facto se convertiría en juez y parte.

Los medios operan como límite para los otros poderes, especialmente el gubernamental. Ese rol de contrapoder termina siendo un aspecto resaltado como positivo en la mirada que hizo el PNUD sobre las empresas mediáticas en el contexto de la crisis de que atraviesa la democracia en la región. El paulatino debilitamiento de la institucionalidad, junto a la desviación

que vivieron partidos políticos y otros entes de mediación como los sindicatos, terminó dejando a la ciudadanía huérfana de instancias en las cuales podía hacer valer sus derechos. Los medios terminaron siendo cajas de resonancia para esas demandas ciudadanas insatisfechas. Las denuncias en el espacio mediático representan un necesario desahogo, pero a la par entrañan –si no van acompañadas de otros pasos ante las respectivas instituciones– otra vuelta de tuerca en el debilitamiento institucional de un país como Venezuela, pues se quedan exclusivamente en el universo de la representación simbólica.

Por otra parte, en un estudio que adelantó el Instituto Prensa y Sociedad en varios países latinoamericanos sobre el periodismo de investigación, se encontró una tendencia regional: en los últimos años la prensa ha jugado un rol de primer orden para poner al descubierto los casos más importantes relacionados con corrupción y violaciones a los derechos humanos. En ambas dimensiones, cuya responsabilidad recae en funcionarios del Estado, el poder político justamente colocó trabas para impedir que trascendiera la información a los ciudadanos, y los medios haciendo gala de ese papel de “perro guardián” –que algunos estudiosos estadounidenses le dan–, resultaron determinantes para que la sociedad se informara.

Sería difícil imaginar una democracia contemporánea sin medios de comunicación, pero a la par, el fortalecimiento democrático en América Latina, visto especialmente desde el contexto venezolano, pasa por establecer reglas de juego para que este poder mediático sea ejercido con una mayor transparencia por parte de empresarios y periodistas, a la par de abrir cauces para la acción ciudadana.

Para finalizar, retomo unas palabras de Tulio Hernández que me parecen esclarecedoras de la doble dimensión mediática en nuestro tiempo. Le cito: “Los medios, hay que decirlo, son un actor político en la medida en que intervienen de manera decisiva y abierta en la toma de decisiones políticas de la sociedad. Pero los medios tienen una condición muy peculiar, pues además de ser un actor político, por demás legítimamente, son los narradores de lo que los demás actores políticos hacen, realizan o confrontan entre sí” (2002: 56). Para cumplir a cabalidad con tal misión, en la que se juegan su credibilidad, y ésta –según nos recuerda el autor– no es solamente un factor de mercado sino una función fundamental de soporte de la democracia, es necesario que el ejercicio de

esa función –ser narrador de las contradicciones entre el resto de actores– se cumpla con un mínimo de calidad, transparencia y respeto a los derechos de las audiencias. Para lograrlo, y para preservar su naturaleza independiente, los medios en su agenda política deben marcar distancia tanto de los intereses de los grupos políticos como los del gobierno. Dicha agenda debe tener como prioridad la defensa de los principios de la democracia y de los derechos ciudadanos.

Nota de Redacción:

Este texto fue presentado por el autor originalmente en el IX Simposio Nacional de Ciencia Política, efectuado en noviembre de 2005 en la Universidad de Carabobo.

■ **Andres Cañizález. Investigador del Centro de Investigaciones de la Universidad Católica Andrés Bello (CIC-UCAB) y director de la revista *Comunicación*.**

Referencias bibliográficas

Bisbal, M. (2005). Otros lugares para pensar la política. En: *Metapolítica*. Nro. 40. Pp. 43-53. Ciudad de México: Centro de Estudios de Política Comparada.

Canelón, A. (1996). Los medios de comunicación social en Venezuela, actores sociopolíticos. En: *Comunicación*. Nro. 96. Pp. 13-17. Caracas: Centro Gumilla.

Corredor, M. (2005). De la retórica a la ciberpolítica. En: *Metapolítica*. Nro. 40. Pp. 56-61. Ciudad de México: Centro de Estudios de Política Comparada.

Díaz Rangel, E. (1994). *La prensa venezolana en el siglo XX*. Caracas: Fundación Neumann.

Díaz Rangel, E. (1998). *El 14 de febrero y otros reportajes* (1ª ed., pp. 107-119). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Hernández, T. (2002). ¿Quién garantiza el derecho a la información de los ciudadanos?. En: *Crisis Política y Medios de Comunicación* (pp. 43-122). Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2004). *La democracia en América Latina* (pp. 160-168). Buenos Aires: Programa de Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD).

Visite nuestra página en internet
www.gumilla.org.ve



BUZONES CORREO ELECTRÓNICO

REDACCION SIC / sic@gumilla.org.ve

REDACCION COMUNICACION / comunicacion@gumilla.org.ve

UNIDAD DE DOCUMENTACIÓN / documentacion@gumilla.org.ve

ADMINISTRACION / administracion@gumilla.org.ve